

MARTES DE LA XV SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO (Par)

Juan 15, 1-8

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

Jesús nos ofrece una imagen poderosa y profunda: la de la vid y los sarmientos. Nos habla sobre nuestra relación con Él y cómo debemos vivir como discípulos suyos.

Jesús se presenta a sí mismo como la "vid verdadera" y a su Padre como el "viñador". Nos recuerda que nuestra vida espiritual tiene su origen y su sustento en Jesús. Sin Él, no podemos hacer nada, ya que es la fuente de toda gracia. Al igual que los sarmientos dependen de la vid para recibir nutrientes y crecer, nosotros dependemos de Cristo para nuestra vida espiritual y nuestro crecimiento en la fe.

El viñador, que es Dios Padre, cuida de nosotros con amor y sabiduría. Él quita los sarmientos que no dan fruto y poda aquellos que sí lo dan para que den aún más fruto. Este proceso de poda puede ser doloroso, pero es necesario para nuestro crecimiento. A veces, tenemos pruebas y dificultades que nos ayudan a purificar nuestra fe y a fortalecer nuestro carácter. En esos momentos, recordamos que el viñador está trabajando para nuestro bien, ayudándonos a dar más fruto.

La clave para dar fruto, según Jesús, es "permanecer en mí". Esto significa vivir en comunión constante con Él, alimentándonos de su palabra, participando en los sacramentos y cultivando una vida de oración e intimidad con Él. Permanecer en Jesús no es una tarea pasiva; requiere esfuerzo y compromiso. Es una llamada a mantenernos cerca de Él en todo momento, confiando en su amor y en su gracia.

Jesús también nos advierte sobre las consecuencias de no permanecer en Él. Los sarmientos que se separan de la vid se secan y son arrojados al fuego. Sin Jesús, nuestra vida pierde su propósito, su dirección, y no podemos dar fruto que dé gloria a Dios.

Por otro lado, cuando permanecemos en Cristo, nuestras vidas dan mucho fruto. Este fruto se manifiesta en nuestra conversión interior, que se refleja en nuestras acciones, en nuestro amor hacia los demás, en nuestra paciencia, bondad y en todas las virtudes que el Espíritu Santo cultiva en nosotros. Al dar fruto, glorificamos al Padre y damos testimonio de que somos verdaderos discípulos de Jesús.

Hoy, cuando vengamos a comulgar, vamos a renovar nuestro compromiso de permanecer en Cristo. Como María, acerquémonos a Él con confianza, dejándonos podar por el viñador y permitiendo que su amor y su gracia transformen nuestras vidas. Así, daremos mucho fruto y glorificaremos a nuestro Padre celestial.